

# La Gran Vía

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

*Domingo 24 de Septiembre de 1893.*

NÚMERO 13.

DIRECTOR:

Carlos Frontaura.

## NOTAS ARTISTICAS

||| GERUSALEM GERUSALEM |||



FRAGMENTO DEL CUADRO DE ENRIQUE SIMONET,  
PREMIADO CON PRIMERA MEDALLA EN LA ÚLTIMA EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES.

(Dibujo del mismo.)



ASI todos los periódicos han publicado, sin que el Gobierno haya rectificado, la noticia de que en Consejo de Ministros se ha hablado extensamente de la deficiente aptitud de los actuales Gobernadores para el desempeño de su cargo.—«Rasgos de esta naturaleza no necesitan comentarios, habrán dicho los aludidos en esta noticia. El Gobierno nos pone á la altura del *Señor Gobernador*, que representa Russell con mucha gracia.»

¡Adiós! dije yo cuando leí esa noticia, que daña á los Gobernadores tanto como al Gobierno que los nombró; sin Gobernadores nos quedamos, porque en cuanto la lean enviarán todos la dimisión. Pero nada, me equivoqué; se conoce que cada uno de ellos, pasada la primera impresión, ha pensado:—«Eso no lo dirán los Ministros por mí; lo habrán dicho por mis compañeros.» Y se han quedado en sus puestos como si tal cosa, tan tranquilos, tan tranquilos como pueden estar en estos tiempos en que se produce un motín, ó dos, cada día donde menos se piensa, y parece que por todas partes anda el diablo suelto.

Aumenta considerablemente el número de anuncios en la cuarta plana de los periódicos ofreciendo dinero, prueba evidente de que no hay dinero. Y en efecto; sólo hay dinero para la usura: no lo hay para la industria, para el comercio, para las empresas útiles....

Por supuesto, que en esto de la usura sucede que muchos de los que prestan dinero y cargan con la odiosidad del oficio, no son más que intermediarios de personas muy consideradas, que les facilitan el dinero para que ellos lo coloquen ventajosamente, con un interés enorme. De suerte que los verdaderos usureros son estos señores, que, por modestia, sin duda, conservan el anónimo, y emplean su capital en esa industria que, si tiene quiebras como todas, también produce rendimientos superiores á los que se pueden obtener en otros negocios.

El invierno que se avecina han de tener, según todas las señales, mucho que hacer los prestamistas, que son las personas de más juicio, porque todos los días tienen unos cuantos juicios para apretar las clavijas á los clientes.

Á la Contaduría del Teatro Real ha de ir el importe de no pocos préstamos á cambio del talón de abono.

Muchas capas ¡ay! no saldrán de Peñaranda; colgadas de las perchas de los prestamistas esperarán en vano que sus dueños las rescaten; pero ¡quién! Se despidieron de ellas en el verano con propósito firme de recogerlas en el invierno, y ya empiezan á temer que no volverán á verlas. La obsesión de la capa empeñada preocupa en estos momentos á muchos de nuestros convecinos. Alguno habrá que, no pudiendo renovar siquiera el empeño, verá sobre los hombros del prójimo la amada pañoosa que le abrigó en el pasado invierno.... ¡Oh! sería preciso ser Víctor Hugo para describir fielmente las impresiones de quien se vea en semejante trance.

Han comenzado las ferias de Madrid.

En todas partes se procura que la feria anual tenga algunos atractivos. Aquí no; aquí la feria se conserva por la costumbre, pero nadie hace caso de la feria; ni el comercio gana con ella una peseta más, ni viene ya nadie á la feria. Creo yo que el Ayuntamiento podía y debía con el mayor empeño procurar que la feria fuese productiva para el comercio de Madrid y para los mismos intereses municipales, y esto se conseguiría disponiendo festejos de buen gusto, sin percalina ni bailoteos á la intemperie, encargando del programa y de la dirección de los festejos á distinguidos artistas, y solicitando la cooperación de las asociaciones que rinden culto á las bellas artes.

Cuando el actual Director de la *Correspondencia de España*, señor D. Andrés Mellado, fué dignísimo Alcalde de Madrid, algo bueno se hizo en este sentido; será preciso que haya otro Alcalde como él, lo que no es probable ciertamente, para que el Ayuntamiento haga de moda que la feria de Madrid sea una fiesta culta, bella y benéfica para el comercio y para las artes, y para el Municipio mismo.

Leí el domingo pasado en *El Imparcial* un suelto titulado «*Un médico abortador*», denunciado á los Tribunales por uno de los socios de la sociedad de *Padres de Familia*. El popular periódico aplaude el proceder de esta Asociación, y yo uno mi humilde aplauso al importante de *El Imparcial*. El médico, en cuestión, anunciaba en la cuarta plana de los periódicos su especialidad con la mayor frescura. Bueno será que la mencionada Sociedad se fije en otros anuncios que se publican, y cuya publicación no debiera permitirse. Nuestro colaborador D. Eduardo de Palacio ha tratado con su peculiar donaire este asunto en *Madrid Cómico*, y conviene que los anuncios á que se refería el ingenioso escritor no aparezcan entre los del comercio lícito y honrado. La Sociedad de *Padres de Familia* puede hacer mucho bueno persiguiendo sin tregua la epidemia pornográfica y la publicidad mal sana de ciertos anuncios.

Ya ha comenzado la campaña en algunos de nuestros coliseos, y pronto comenzará en los dos donde se rinde culto á la buena música, á la música grande, podría decirse, y á la buena literatura dramática, el Real y la Comedia.

El Conde de Michelena, empresario del Real, no es hombre que se arredre ante las circunstancias más desfavorables, como son las del país y del paisanaje en el presente año. Ni las exigencias cada vez mayores de los artistas, ni el precio del oro—que hay cantantes que se hacen pagar en oro,—ni la facilidad con que se acatarran ellos y ellas, precisamente cuando más perjudica á la empresa suspender la función, ni las mil y una contrariedades que tiene que sufrir en las veinticuatro horas del día, amenguan el entusiasmo del Conde de Michelena. Yo he conocido varios empresarios del Teatro Real, Ureña, Velasco, Robles, Rovira y algún otro que no recuerdo, se cansaron de hacer sacrificios y de sufrir la tiranía de los grandes artistas.... El

Conde no se cansa; yo no sé si gana ó pierde dinero en su empresa, lo segundo es más probable que lo primero; lo que sé es que tiene una voluntad poderosa, una constancia incomparable, y que no hubo empresario que le haya superado en el deseo de complacer al público. Esta cualidad es digna de todo encomio y de que el público le recompense cubriendo el abono y poniéndole en el caso venturoso de colocar todos los días en la ventanilla del despacho el cartelito que dice: «No hay billetes para la función de esta noche.»

Que hará buena temporada Emilio Mario, nadie lo puede dudar. Este es un actor á quien nunca abandonará el público, porque él nunca se abandona. Elige, por lo regular, bien las obras que ha de representar, las ensaya con un esmero y una minuciosidad y un arte tan exquisito, que cuando las ofrece al público, éste ve en primer término la habilísima dirección del ilustrado actor, y el autor sabe perfectamente que si su obra fracasa, no será por culpa de los actores, sino únicamente por la suya; Mario es una garantía para el público y para los autores. El público tiene mucho afecto á Mario y se encuentra muy á gusto en el teatro de la Comedia. Allí todo es distinguido, simpático y agradable.

El teatro de Lara, muy discretamente dirigido por un buen escritor, el Sr. Flores García, á quien no tengo el gusto de conocer más que por sus aplaudidas obras, y los de Apolo y Eslava, en los que reina el buen humor, han comenzado hace días su campaña de invierno. Á todas las empresas deseo grandes rendimientos, á todos los artistas repetidas y merecidas ovaciones, y á todos los autores grandes éxitos.

Y aprovecho la ocasión para anunciar que LA GRAN VÍA se ocupará muy preferentemente en la crítica teatral, y que sus juicios los informará siempre la más estricta justicia.

No digo nada de las catástrofes ocurridas en la Mancha y en Castilla la Vieja en los pasados días. La prensa diaria ha dado ya interesantes noticias acerca de tan lamentables desgracias, que esta Redacción deplora con toda el alma. Me complace consignar que la prensa ha sido la primera en prestar su auxilio á las víctimas de las inundaciones, y que el Gobierno de S. M. ha dado grandes pruebas de actividad y diligencia, cumpliendo bien su deber.

FRONTAURA.



LOS INCANSABLES PROPAGANDISTAS DE LA PRENSA.

(Composición y dibujo de Enrique Romero de Torres.)

# APUNTES DEL NATURAL



*José Estremera*

POR

ALFREDO PEREA





## LA HUERTA DE JUAN FERNÁNDEZ

(Del segundo tomo, en preparación, de las crónicas  
del Madrid Viejo.)

Aunque sólo hubiera sido por los despilfarros poéticos del célebre jardín y por las escenas ingeniosas que pusieron en él varios autores dramáticos, singularmente Tirso de Molina, quien consignó su nombre en la comedia *La Huerta de Juan Fernández*; aunque sólo hubiera sido por el arte y por la historia, nuestros contemporáneos, que todo lo conmemoran, debieron haber señalado en coto redondo el sitio donde estuvo la Huerta de Juan Fernández, con sus bosquecillos misteriosos, sus macizos exuberantes de flores, sus paseos clandestinos por cerca del laberinto, su explanada de la noria cubierta de verde césped, y el cenador campestre, donde las memorias galantes del siglo XVII suponen que tuvieron lugar escenas de amor y celos, desafíos sin testigos y conspiraciones de corte, que tanto dieron que hacer á los alcaldes de la ídem y á los ministriles del Tribunal de la Fe, sin contar la omnipotencia del Soberano, que no logró evitar pasquines contra la interesante Duquesa de Alba, rival en lujo de María Luisa, por haber levantado el palacio de *Buenavista* sobre el terreno que ocupó la Huerta de Juan Fernández, contra el parecer de todos, y singularmente del diestro *Costillares*, predilecto de la Duquesa, quien al optar entre el sotillo de Santiago el Verde, árido y sucio, y el recreo de la Huerta, llena de rosas y claveles, prefirió esta última.

Las *matinées* de la Huerta no fueron menos diverti-

das que los paseos y las meriendas, porque después de oír misa con sermón, todas las damas acudían á la Huerta á *chapinear*, por no decir á *picardear*, y pronto se entablaban conversaciones amenísimas, en que salían á relucir las intrigas aristocráticas y las galanterías más reservadas. Esto hacía pasar ratos alegres á las bellísimas damas de aquel jardín de *Armida* del regidor Juan Fernández; y si alguna vez motivos serios ó ridículos ponían triste el semblante de alguna deidad bulliciosa, las demás lo tomaban á broma y la llamaban tonta.

Había algunas que eran servidas por un solo galán; otras que creían serlo por muchos y no lo eran por nadie; otras que hubieran querido serlo por amantes diferentes de aquel que las galanteaba, y otras, por fin, que hubieran deseado ser las únicas servidas á la vez por todos los hombres de Madrid y sus contornos. De aquí nacían relaciones de amistad ó enfriamientos rencorosos, según que los respectivos galanes eran amigos ó adversarios.

Los celos inspiraban epigramas; las alegrías, sonetos y canciones; la muerte del amor, elegías tristes, que no por eso dejaban de divertir á los indiferentes, por lo menos tanto como á los interesados.

Se proponían charadas y enigmas, que entretenían el tiempo y las horas de fastidio.

Unos paseaban á orillas de la noria, otros por los

senderos del jardín, otros sobre la terraza y el *gazon*, solos ó en grupos, según el humor en que se encontraban, si estaban ó no de monos.

En el interior, algunos cantaban aires á la moda, ó recitaban versos, ó leían en voz alta novelas españolas, sentados en el cenador ó acostados sobre la hierba.

No era posible encontrar un sitio más agradable en la hermosa estación de la primavera, ni una concurrencia tan escogida y galante para departir en sociedad sobre lo temas favoritos, que eran la murmuración y el estilo de vestir..... lo mismo que ahora.

Por lo dicho, que no es reflejo siquiera de la verdad del cuadro, se adivina que la *Huerta de Juan Fernández* fué un pequeño paraíso más familiar que el del Buen Retiro, y de seguro más simpático á las diosas de la mitología palatina que el olimpo pagano del señor rey D. Felipe IV.

En este jardín frondoso, al que concurrían sin falta todas las tardes las Duquesas de Lerma y de Córdoba, de Arión, Béjar y Medina de Rioseco; las Marquesas de la Laguna, Ensenada, del Carpio, Mondéjar, Tabara y del Valle; las Condesas de Linares, de Campo Alange, Lemus, Alba de Liste, con D.<sup>a</sup> Ana Mendoza de la Cerda, esposa de Villamediana, y otra infinidad de señoras de distinción, sin mantos, pero con escapularios bendecidos, soplillos y garcetas, faldellines con raudas de oro, ropones y basquiñas de muy diferentes hechuras; en este jardín, repito, y á orillas del estanque grande, se fraguó aquella conspiración femenina contra el Conde Duque de Olivares, que dió por resultado una espantosa silba á su mujer, al salir cierto día de la ermita de San Blas acompañando, como dama de servicio, á los Reyes.

Mucho disgustó al valido el lance de San Blas, y lo hizo pagar caro á la Marquesa del Valle, su enemiga supuesta, como diz que lo fué de Lerma, desterrándola fuera de Madrid, interviniendo sus papeles y confiscando sus bienes, que fueron vendidos en pública almoneda en-

tre los grandes del corro. Por cierto que, según afirma un duende contemporáneo, la Condesa de Olivares aprovechó la ocasión para comprar por pocos ducados doce sayas largas bordadas en seda, y alguna de ellas con aljófar, además de un número infinito de brincos, aderezos de mujer y otras diabluras, porque es sabido que en lo referente al mueblaje de las casas y el equipo personal de las mujeres, siempre han tenido las señoras de Castilla carta blanca para gastar como princesas, y libertad para pedir que las ferien lo mismo en Pascua florida que en Carnestolendas, por aquello de que «entre damas no hay día de ayuno, ni entre galanes santos de guardar», que decía la más independiente y apergaminada de las comensalas de la *Huerta de Juan Fernández* durante los trescientos sesenta y cinco días del año solar, con sus noches, cuando el tiempo no lo impedía.

\* \*

En un mismo día tuvieron lugar los desposorios de los Marqueses de Villena, en casa de su tía la Condesa de Miranda, siendo padrinos los Condes de Olivares, y en Palacio los del Conde de Palma con D.<sup>a</sup> María de Tabora, hija del Conde de San Juan, por mano del Patriarca, como aquéllos lo fueron por la del Inquisidor mayor. Estos novios vistieron de verde, ricamente bordado de oro, y lo mismo fué el color de la librea de los criados. La de Villena fué de terciopelo negro prensado y picado, con forros, plumas y cabos de color celeste, muy vistosa y muy rica.

Por ser los días del Rey, la gala fué más extraordinaria y con mayor acompañamiento; la rua una verdadera procesión, y el alborozo de todos tan animado, que trascendió á los confines de la villa, después de haber transitado las calles y plazas más principales. La madrina de ambas bodas había dispuesto que en la *Huerta de Juan Fernández* tuviera lugar el agasajo de una merienda campestre, con hojaldres de la pastelería de Bo-



tín, chocolate de los Padres Recoletos, dulces secos del Valenciano y abundante ensalada de lechuga con huevos duros, para los que gustasen refrescar la boca.

Muchos eran, y de clase distinguida, los convidados; pero para todos hubo colación abundante y flores, á elegir de las más hermosas. Los novios dieron ejemplo de inclinaciones bucólicas, sentándose y aun acostándose en las praderas, y el acompañamiento de ambas bodas imitó el ejemplo, formando, entre todos, una interesante Arcadía de Galateas y Tityros..... por supuesto, sin borregos y sin pastores.

El jardinero mayor de la *Huerta de Juan Fernández* no recordaba haber visto otro día de fiesta más grande y de mayor esplendor que el de las bodas consabidas, en que, como queda dicho, fué madrina generosa la espléndida, y hasta entonces no silbada, condesa de Olivares.

Pero el acontecimiento que dió que hablar á la corte y á la villa, y todavía no se ha olvidado, fué el que acaeció en la velada de San Juan de 1624. Grupos de damas y galanes, aprovechando una noche plácida y tranquila, habían recorrido las verbenas y buñolerías de puntapié, las hogueras de trastos viejos de las Visti-

llas, la exposición inculta de macetas de albahaca en la Plaza Mayor, la de agualojeros del Prado y la de los camastros apollillados de rosquillas y frasquetes, de *albellanas*, *torraos* y nueces, que han llegado hasta nuestros días.

Sería á cosa de las once, cuando los *verbenarios*, precedidos de guitarras, violines y bandurrias, cantando y saltando, entraron en la *Huerta de Juan Fernández*, dispuesta para aquella noche con iluminación espléndida de vasos de colores y farolillos de papel á la veneciana, música y cantores.

Los que ahora se llaman *courpiches* y entonces *lindos*, cuando estuvieron dentro del jardín, pasaron revista de aspecto al grupo femenino que en él había, y notando que faltaban las Meninas y todas las damas de Palacio, altas y bajas, se dieron de ojo unos cuantos de los más calaveras, y á poco se encaminaron al Buen Retiro, cuyas tapias saltaron, con el piadoso fin de requebrar con galanteos á las pobres niñas encarceladas en noche tan alegre.

RICARDO SEPÚLVEDA.

(Se concluirá.)

## EL BOTIJO

Panzudo, enano, narigón, con una sola oreja, sin ojos, un brazo arqueado sobre la frente, toda la cara del verdoso-amarillento color de la ictericia, el botijo, en medio del balcón, se ahupa sobre tres pies de palo, como un tullido en sus muletas.

Es una deforme figura.

Ni es la airosa jarra, de angosto talle de doncella, ni la fajada pipa, donde el Jerez tiene su nido.

Si se estira mucho, no alcanzará á ser más que un tonelillo de agua.

Pues bien; este monstruo de barro posee un alma; un alma delicada, un alma de enamorado y de poeta.

El botijo de mi vecina era así á lo menos.

Yo le estudié día y noche. Yo anoté su vida, que es una historia interesante.

No ignoraba su fealdad. Quizás por eso se le veía siempre triste. Debía ser inmensa su pena, porque su llanto era continuo. Las lágrimas caíanle á lo largo de las pálidas mejillas, yendo á fundirse con el lodo de la calle.

¿Por qué era desgraciado el botijo de mi vecina?

Plantado entre los tiestos de flores, había caricias de aromas para su olfato. En una jaula un jilguero regalábale con grata música. Su vientre nunca se hallaba exhausto. Hartábase, pues, de recreos y sustento. Otro botijo hubiera sido muy dichoso.

Pero el botijo de mi vecina adolecía de un mal. ¡Mal

terrible, aun para las personas que son de roca! El mal de amores.

El botijo adoraba á su hermosa dueña.

Mas como su amita nunca le tomaba en sus manos, nunca le acercaba la boca á su boca, el ambicioso botijo estaba inconsolable.

Sin embargo, un día, ¡día fatal!, estuvo al alcance de su ventura.

La eucantadora muchacha, á quien abrasaba la sed, pues habia estado dos horas al sol hablando con su novio, le cogió entre sus palmas, lo enarboló sobre su cabecita, y abrió los labios, que eran dos pétalos de rosa, para recibir el beso del fresco y claro cristal que le enviara el botijo.

El pobre enamorado sintió el perfume de los cabellos de su ídolo, el cálido vaho de su aliento, la impresión radiante de su mirada.

Tanto placer era superior á sus fuerzas. Se turbó, no acertó á desempeñar cumplidamente su misión, pensó morir.

Y lascivo y galante hasta en la agonía, derramó el agua en perlas sobre el seno de su amada.

Ésta lanzó un grito, y el botijo fué á romperse contra la acera.

¡Justo castigo de todos los que ambicionan cosas para las que no fueron nacidos!

JOSE DE SILES.

# EL LAZO NEGRO



Cualquiera que hubiese visto á Mario tendido en su otomana, con la mirada perdida en el espacio, apurando el veguero que encendió al terminar la comida, y retorciendo distraído las guías del bigote, hubiérale creído un hombre feliz, que esperaba, saboreando su dicha, que el cigarro se consumiera para cerrar los párpados, dando por terminada la lucha diaria con el mundo.

Pero se habría equivocado quien tal creyera.

Lo que Mario esperaba, dominando su impaciencia, era que llegase el momento de ir á reunirse con su amante, para tomar asiento en el último expreso y salir de Madrid, huyendo de la desesperante monotonía de su hogar y de la insostenible soledad en que vegetaba.

Luisa, la esposa modelo, fiel, honrada, leal, no le satisfacía. Para ser feliz, necesitaba Mario el amor de un alma apasionada, turbulenta, pródiga en emociones fuertes, que diariamente se renovara impresionándole. Y Luisa no era aquella alma. Ser más apacible, más sumiso, más dócil, más tranquilo que ella, con dificultad pudiera hallarse.

En cambio, aquella horizontal inconstante, caprichosa, difícil de contentar, que sólo mostrábase satisfecha cuando Mario padecía por sus veleidades; aquella criatura irascible, violenta, histérica, extravagante, envuelta en los misterios de un pasado desconocido, que todo lo quería y de todo se cansaba; que disfrutaba viendo á Mario rendido y suplicante á sus pies, sufriendo sus injustos desdenes, y que parecía deleitarse más cuanto más él se degradaba y envilecía.... Aquella mujer tenía loco. Aspiraba á ser amado por un alma incapacitada para el amor.

Y así como le cansaban y le aburrían las virtudes y las delicadezas de la esposa, embriagábanle

y le entontecían las torpezas y los desplantes canallescros de la amante. Mariposa vagabunda, abandonaba la im-poluta azucena para ir á posarse en el áspero cardo caído en el lodo.

Aproximábase la hora de la partida, y Mario abandonó la otomana.

Antes de salir de su casa, necesitaba cumplir lo que él creía un deber de conciencia. No era cosa de dejar sin recursos á Luisa. Después de todo, era la esposa irreprochable y la madre de aquel pequeñuelo, fruto del amor extinguido en el corazón de Mario.

Sacó de uno de los cajones de la mesa un abultado sobre, y antes de cerrarle leyó detenidamente la carta dirigida á Luisa, que acompañaba á un grueso fajo de billetes del Banco.

¡Ah! ¡Si el niño fuera mayor, no le dejaría; llevaríale consigo!

Mas ya que esto no era posible, que tuviera una prueba del cariño de su padre en aquel puñado de billetes.

Cerró el sobre. Ya no faltaba más que hacer. El momento de la marcha había llegado.

Calóse Mario el hongo preparado para el viaje, y se dirigió hacia la puerta. Pero se detuvo á un paso de ella.



—¡No darle un beso siquiera!....—pensó con la santa delectación de quien sorprende y reconoce en sí algo verdadero y absolutamente bueno.

Meditó... ó dudó, y al fin decidióse.

Luisa, sentada junto á la cuna, con las manos cruzadas sobre el regazo, contemplaba en mudo éxtasis á su hijo, sin darse cuenta de las lágrimas que afluían á sus ojos y deslizábanse por sus mejillas.



Estaba encantadora la bellísima esposa con su dolor tranquilo y resignado.

Mario se detuvo cerca de la puerta, vivamente impresionado ante el cuadro que se ofreció á sus ojos. Luisa, como si hubiera presentido la viudez á que iba á quedar reducida, vestía de negro; y en una silla, al pie de la cuna, encima de las revueltas ropas del niño, estaba una gorrita de éste, blanca y

rizada como la espuma, y adornada con un lazo negro también, como testimonio de la orfandad á que le reducía su propio padre.

Lo que no hizo el dolor de la madre, logrólo el lacito negro de la gorra del hijo. Mario sintió en un segundo los remordimientos de toda una vida, remordimientos agudos, atroces, crueles. Y en aquel segundo de tiempo vió su torpe conducta, arrepintiéndose y quedó regenerado.

Aproximóse al grupo compuesto por la esposa mártir y el ángel inocente, y con gran sorpresa de ella, cayó de rodillas á sus pies, y prorrumpió en sollozos.

Aquella era la primera vez que Luisa veía llorar á su marido.

—¿Qué es eso, Mario?—preguntóle cariñosamente.

—Dime, ¿qué significa ese lazo?—instóla él antes de contestarla.

—Sabía que nos quedábamos, mi hijo sin padre y yo sin marido, y....

—¡Oh, mi pobre Luisa, perdóname!

Fuertemente unidos en abrazo estrecho ambos esposos, confundieron su llanto y sus caricias durante largo rato.

Luego Mario alcanzó la gorrita de su hijo, arrancó de un tirón el lazo, arrojóle lejos de la cuna, y exclamó:

—¡Tu talento y tus virtudes me han redimido, Luisa de mi alma! Yo me haré digno de ti y de este ángel del cielo.

# LA ODISEA DE UN PANECILLO

(Pasillo filosófico, sociológico y municipal, en un acto y varios cuadros. La acción pasa en Madrid. Época actual.)

## PERSONAJES.

EL PANECILLO (*interlocutor mudo*).  
D. LESMES, propietario del panecillo.  
UN GUARDIA MUNICIPAL.  
OTRO GUARDIA MUNICIPAL.  
UN VIGILANTE QUE NO VIGILA.  
UN FUNCIONARIO QUE NO FUNCIONA.  
VARIOS CURIOSOS Y UN AMIGO.  
ÉTCÉTERA, ETC.

## CUADRO PRIMERO.

En casa de D. Lesmes.

ESCENA PRIMERA.

EL PANECILLO Y D. LESMES.

D. LESMES (*contemplando el panecillo y tomándolo á peso en la mano diestra*).—Me parece que esta pieza



no tiene los *doscientos gramos* que la ley manda. ¿Qué ha de tener esto *doscientos gramos*?... Ni ciento cincuenta. Pero, señor, ¿será posible que nadie haga carrera de los panaderos? Cobran un dineral por su mercancía y luego nos la venden falta de peso. No; pues con el hijo de mi madre no se divierte ningún chato, por muy tahonero que sea. Ahora mismo voy á dar una queja. (*Pausa.*) Vamos con calma, Lesmes; ante todo, veamos si efectivamente el pan está faltó. ¿Para qué quiere uno la balanza si no la quiere para esto? (*Procede á pesar con todo cuidado el panecillo por el procedimiento de las dobles pesadas.*) ¿No lo dije? Le faltan sesenta gramos nada menos....., es decir, que me han estafado más del 30 por 100 de su valor..... Los sesenta gramos de pan no me importan; lo que me importa es pasar plaza de

primo, y, sobre todo, tolerar que se estafe al público. Ahora mismo voy á denunciar el hecho. (*Detiéndose pensativo.*) ¿Y adónde voy?..... ¿A quién le cuento lo que me pasa?..... (*Pausa larga.*) Pues se lo contaré al Alcalde, ó al Juez, ó al Presidente del Supremo, á quien sea; las autoridades no pueden permitir que se robe de esa manera al consumidor. Ea, andando. Aquí está el cuerpo del delito. (*Envuelve cuidadosamente el panecillo en un periódico y sale de la habitación.*)

## CUADRO SEGUNDO.

En el Juzgado municipal.

ESCENA II.

D. LESMES Y UN VIGILANTE DORMIDO; DESPUÉS EL PANECILLO.

D. LESMES.—¿Se puede ver al señor Juez?

EL VIGILANTE (*desperezándose*).—Aquí no lo puede ver nadie.

D. LESMES.—¿Eh?



EL VIGILANTE.—Es decir, que no está ahora.

D. LESMES.—¿Cuándo estará?

EL VIGILANTE.—No lo sé.

D. LESMES.—¿Pero vendrá hoy?

EL VIGILANTE.—No lo sé.

D. LESMES.—Vengo á presentar una denuncia sobre falta de peso de este panecillo. (*Desenvolviendo el panecillo.*)

EL VIGILANTE (*toma el panecillo, lo examina un rato, lo huele y después lo devuelve á D. Lesmes*).—No parece malo.

D. LESMES.—Pero está faltó de peso.

EL VIGILANTE.—Eso podrá ser.

D. LESMES.—¿Y á quién presento la queja?

EL VIGILANTE.—No lo sé.

(D. Lesmes envuelve otra vez el panecillo, mira con desprecio al Vigilante, que se despereza de nuevo, y sale.)

### CUADRO TERCERO.

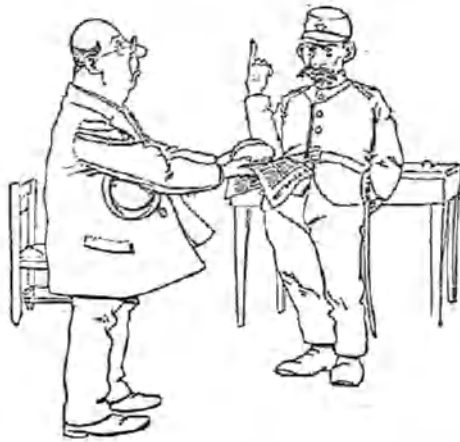
En la Tenencia de alcaldía.

#### ESCENA III.

D. LESMES Y UN GUARDIA MUNICIPAL; LUEGO EL PANECILLO.

D. LESMES.—¿No hay aquí nadie?

EL MUNICIPAL.—No falte usted á la autoridad. ¿Soy yo nadie?



D. LESMES.—Pues aquí traigo este panecillo (*desenvolviéndolo*).

EL MUNICIPAL (*con dignidad*).—Caballero, aquí no se admiten limosnas.... en especie.

D. LESMES.—No se trata de una limosna, sino de un robo.

EL MUNICIPAL.—¿Un robo? Eso es cosa del Juez de guardia.

D. LESMES.—Este panecillo está falto de peso....

EL MUNICIPAL.—¿Y á mí qué?

D. LESMES.—Presento una denuncia contra el tahonero.

EL MUNICIPAL.—Corriente.

D. LESMES.—Quiero que usted mismo lo pese.

EL MUNICIPAL.—Si es capricho, vamos á la tienda de enfrente.

### CUADRO CUARTO.

En una tienda de comestibles.

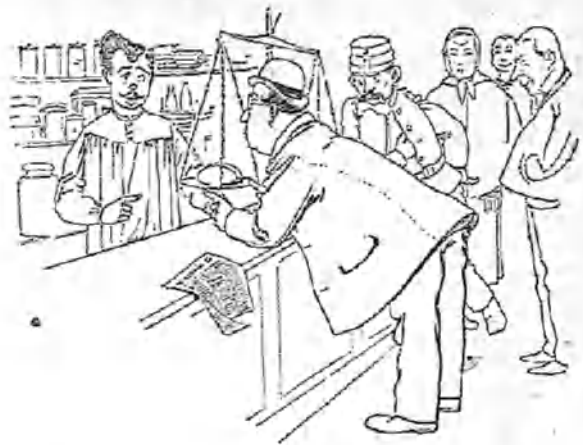
#### ESCENA IV.

D. LESMES, EL MUNICIPAL, EL TENDERO, VARIOS CURIOSOS  
Y EL PANECILLO.

EL MUNICIPAL.—Buenos días, Pedro: ¿me dejas pesar este panecillo?

EL TENDERO.—¿Por qué no? Pesa todos los que quieras. ¿Pero qué sucede?

EL MUNICIPAL.—Pues nada; aquí este buen hombre dice que está falto de peso.



EL TENDERO.—¿El señor?

EL MUNICIPAL.—No; el panecillo.

(*Los curiosos rien á carcajadas y miran á D. Lesmes como á un bicho raro. El Municipal y el Tendero pesan el panecillo.*)

EL TENDERO Y EL MUNICIPAL.—Tiene ciento cuarenta gramos.

D. LESMES.—Eso es; faltan sesenta.

EL MUNICIPAL.—Justos.

D. LESMES.—Quiero que conste.

EL MUNICIPAL.—Costará. (*Saca una cartera mugrienta; de ella toma un lápiz, humedece la punta del mismo con la lengua y escribe en el panecillo: 1560 gramos.*) Ya costa. (*Devuelve el panecillo á don Lesmes.*)

D. LESMES.—Pero yo necesito que usted certifique bajo su firma.

EL MUNICIPAL.—¡Bah! ¡bah!, señor....; déjeme usted á mi de canciones y no me quiera usted meter en lios.... Pues si por cada panecillo falto de peso tuviésemos que hacer un expediente, aviados estábamos. (*Los curiosos rien cada vez más y miran con más curiosidad á D. Lesmes, que envuelve otra vez su asendereado panecillo.*)

D. LESMES.—Y ¿adónde voy?

EL TENDERO.—Pues mire usted, creo que debe usted ir con ese pan al asilo, donde se lo agradecerán mucho.

D. LESMES.—Eso haré, si, señor; pero después de haber formulado la denuncia.

EL MUNICIPAL.—Para eso á la Delegación de vigilancia.

D. LESMES.—¿Y dónde está?

EL MUNICIPAL.—Pues allá, en el Barrio de Pozas.

(*D. Lesmes sale de la tienda; los curiosos le dan una silba monumental.*)

## CUADRO QUINTO.

En la Delegación de vigilancia.

### ESCENA V.

D. LESMES Y UN ORDENANZA; DESPUÉS EL PANECILLO.

D. LESMES (*jadeante de fatiga*).—¿Está el señor Delegado de vigilancia?

EL ORDENANZA (*barriendo sin cesar*).—¿Qué ha de estar, hombre, qué ha de estar?



D. LESMES (*sacando el lio*).—Es que traigo este panecillo.

EL ORDENANZA.—Bueno; déjelo usted ahí y se lo daremos cuando venga.

D. LESMES.—Es que traigo también la intención de hacer una denuncia.

EL ORDENANZA.—Pues déjela usted ahí también, y también se la daremos; y ahora quítese usted de enmedio, que lo estoy poniendo perdido de polvo.

D. LESMES.—Muchas gracias por la atención. ¿De modo que no hay donde formular una denuncia?

EL ORDENANZA.—Hay, sí señor, hay; en la Inspección..... Allí no falta nunca gente.....

D. LESMES.—¿Y dónde está esa Inspección?

EL ORDENANZA.—Ahí junto; más allá del Retiro.

(*D. Lesmes envuelve su panecillo, y sale siempre en pos de su ideal de justicia.*)

## CUADRO SEXTO.

En la Inspección.

### ESCENA SEXTA.

D. LESMES Y UN FUNCIONARIO; LUEGO EL PANECILLO.

D. LESMES (*entra fatigado; se enjuga el sudor, saca el panecillo, lo desenvuelve y dice con todo comedimiento*).—¿El señor Inspector?

EL FUNCIONARIO (*sin levantar la cabeza*).—No ha venido aún.

D. LESMES.—¿Tardará mucho?

EL FUNCIONARIO.—Puede (*sigue escribiendo*).

D. LESMES.—Pues yo venía á presentar una denuncia. Este panecillo, comprado en la tahona cuyo sello



aparece aquí bien claro, está falto de peso. (*El funcionario guarda silencio.*) Y yo deseo que esa estafa al público sea perseguida, y he venido (*el mismo silencio*) para presentar á usted (*coloca el panecillo encima de la mesa*) la denuncia y el panecillo. (*Pausa.*) ¿Debo presentarla por escrito? (*Silencio.*) O, ¿basta con esta denuncia verbal? (*Silencio.*) ¿Espero al señor Inspector? ¿Tiene usted atribuciones para recibir las denuncias de esta clase?.... Caballero, hágame usted la merced de decirme algo.....

EL FUNCIONARIO.—Hombre, que me deje usted en paz. ¿Le parece á usted que aquí no tenemos otra cosa que hacer sino enterarnos de que le han dado á usted un panecillo falto de peso? Es que hay personas que no tienen consideración. ¿Ea, ya está usted recogiendo ese panecillo y largándose de aquí en seguida!

D. LESMES.—Perdone usted, caballero, perdone usted, y no vaya usted á pegarme, que yo con buena intención lo hacía. Beso á usted la mano..

## CUADRO SÉPTIMO.

En la calle.

### ESCENA SÉPTIMA.

D. LESMES Y UN AMIGO; DESPUÉS EL PANECILLO Y ACOMPAÑAMIENTO.

D. LESMES (*meditabundo*).—Pues señor, me he lucido. Estoy fatigado, sudoroso; he sido el hazme reír de los transeúntes, y ahora tengo un hambre que no veo; habré de acabar por donde debiera haber principiado; por comerme el panecillo.

EL AMIGO.—Pero, chico, ¿te has vuelto loco? ¿Vas á comer pan por la calle como un pordiosero?

D. LESMES.—Sí, algo loco estoy, ¡porque me han ocurrido tantas cosas!

EL AMIGO.—Di, di, pero empieza por guardar ese panecillo tan feo.



(D. Lesmes refiere á su amigo lo sucedido; el amigo escucha, atentamente y sin manifestar extrañeza, la relación de D. Lesmes.)

EL AMIGO.—Pues mira, todo eso te está muy bien empleado por haberte metido á redentor.

D. LESMES.—Pero ¿no es una iniquidad que de esa manera se abuse del pobre, y que así se le robe y se le merme el ya escaso sustento?

EL AMIGO.—Sí lo es; pero ni tú ni yo hemos de remediarlo. Y ahora te advierto que, según he visto en algunos periódicos, lo de la falta de peso es ya lo de menos; lo de más es que ese panecillo tiene en la levadura cierta parte de jabón y no sé qué otras materias nocivas....

(D. Lesmes hace un gesto de repugnancia, y arroja lejos de sí el papel en que lleva envuelto el panecillo. Un guardia de orden público que lo observa presume que se trata de un petardo y detiene á D. Lesmes y su amigo, que detenidos permanecen hasta que se averigua la inocencia relativa del contenido de aquel envoltorio.)

FIN DEL PASILLO.

A. SÁNCHEZ PEREZ.

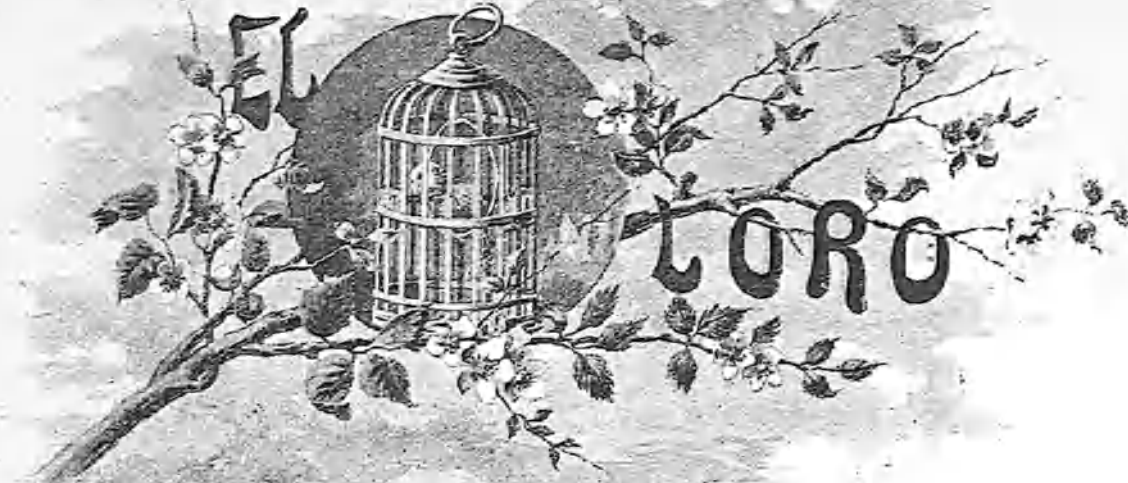
## VISTAS DE ESPAÑA



GALICIA.—VISTA GENERAL DE REDONDELA (Provincia de Pontevedra).

(De fotografía de los Sres. Hauser y Menel.)

# EL LORO



Pero ¡qué obsesión la mía!  
 Me revienta ese animal,  
 Y está visto que yo un día  
 Hago cualquier herejía  
 Con el lorito real.  
 ¡Es ya demasiada broma!  
 ¡Como que cualquiera asoma  
 Al balcón de mi despacho!  
 En cuanto me ve, la toma  
 Con llamarme ¡mamarracho!  
 Y ni lo puedo sufrir  
 Ni lo puedo tolerar;  
 ¡Á ver, por qué he de aguantar  
 Que no me deje escribir  
 Ni me deje trabajar?  
 Será mucha aberración  
 Ó será lo que se quiera;

Pero no hay una razón  
 Para que al verme al balcón  
 Me insulte de esa manera.  
 Y no es hablar por querer;  
 Es que hay que verlo despacio:  
 ¡Feo hasta más no poder  
 Y con un plumaje lacio  
 Que se le empieza á caer!  
 ¡Ah! ¡Si lo viera el lector,  
 Entonces comprendería  
 Por qué le tengo ese horror,  
 Y comprendería por  
 Qué le tengo antipatía!  
 Para colmo de mi mal,  
 Por si mi desgracia es poca,  
 La gente del principal  
 Se deshace y está loca  
 Con el dichoso animal.  
 ¡Vamos, no sé lo que haría!  
 ¡Es que me da un arrebato  
 Y creo que lo mataría!  
 .....  
 Vaya, ¿á que lo mato un día?  
 ¡Ya lo creo que lo mato!

Nada; decididamente  
 Á mi furor le condeno.  
 ¡Que acabe trágicamente!  
 ¡Lo que es de ésta le enveneno  
 Y se muere de repente!  
 El arsénico al tomar  
 En un bizcocho borracho  
 Tiene el loro que estallar;  
 ¡Y que me vuelva á insultar  
 Llamándome ¡mamarracho!

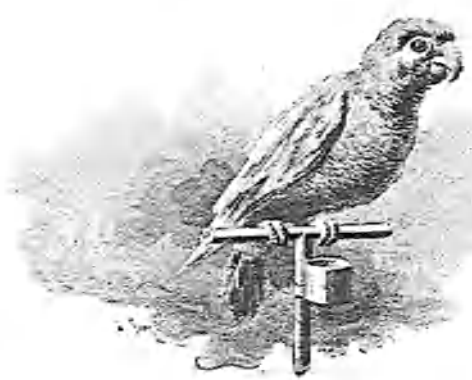
¡Mucho tino!..... ¡Precaución!.....  
 La jaula está en el balcón.....  
 ¡Acerté!..... ¡Dentro ha caído!.....  
 ¡Anda!..... ¡Ya se lo ha comido!  
 ¡Muere sin apelación!

Pero ¿cómo puede ser?  
 ¡Se tragó el veneno ayer  
 Y está en la jaula tan sano?  
 ¡Ah! ¡Pues yo cargó la mano!  
 ¡Tendría mucho que ver!

¡Y van tres días! ¡Horror!  
 ¿Quién se lo explica, señor?  
 ¡Si hasta la pluma le crece!  
 ¡Y cómo engorda! ¡Parece  
 Que está cada vez mejor!

Pero, señor, ¡qué extrañeza!  
 ¿Cuatro días y no hay modo?.....  
 ¡Es natural! ¡Qué cabeza!  
 ¡Ahora lo comprendo todo  
 Como al final de una pieza!  
 ¡Se lo di proporcionado  
 Hasta que se ha acostumbrado  
 Y está tan gordo y tan bueno!  
 ¡¡Resulta que le ha sentado  
 Divinamente el veneno!!

FÉLIX LIMENDOUX.



# WALS CORRIDO



1



2



3



4



5



6

(Del PICK-ME-UP.)

# LA MUERTE DE GEDEÓN

Murió de melancolía  
Hace dos días ó tres;  
Porque al andar, no sabía  
Qué pie adelantar debía,  
Y sólo daba traspies.

Además, estaba frito  
Con la rara obstinación  
De tanto majaderito  
Que le tomaba por pito  
De gracias que no lo son.

Murió de un modo ejemplar.  
«Padre—dijo al confesar—  
Bien quisiera en tal momento  
Llorar de arrepentimiento,  
Mas no he aprendido á llorar.

»Además, no tengo idea  
De haber hecho, á mi entender,  
Cosa punible ni fea;  
Pues no creo que lo sea

Soplar á un tiempo y sorber.

»No obstante, acusarme quiero  
Por si es sólo necedad  
Ó pecado verdadero,  
De haber pagado al casero  
Con toda puntualidad.»

Después que se reconcilia  
Y el confesor le bendice,  
Volviéndose á su familia,  
Que le rodea y auxilia,  
De esta manera la dice:

«Nada de lujo excesivo,  
Ni carroza, ni carrera;  
Que esto es al alma nocivo:  
Tan pronto como me muera,  
Haced que me entierren vivo.

»Como mis restos humanos  
Puede que crien gusanos,  
Como es lo más regular,

Dejadme sueltas las manos  
Para poderlos matar.

»Y aunque la costumbre es  
Cerrar los ojos al muerto,  
Os pido con interés  
Que sólo me dejéis tuerto  
Por si algo veo después....

»Ahora.... ayudadme á expirar,  
Porque no acierto á exhalar  
Mi aliento, que ya se trunca....  
*Como no me he muerto nunca,  
No sé por dónde empezar....*

»Muero con resignación;  
Pues siento en mi corazón  
Convencimiento profundo  
De que es eterna en el mundo  
La raza de Gedeón.»

F. MORENO GODINO.

